tibles; pero antes de que llegase al grupo cumplióse la profecía del ministro, interponiéndose más de treinta personas, que rodearon á los malaventurados apóstoles apretándolos en términos que no les dejaban respirar. A poca distancia un agente de policía presenciaba una rifa, y aunque harto veía con el rabo del ojo el motín, no dió el más leve indicio de querer intervenir en él, y hasta que vió á los dos catequistas abrirse paso trabajosamente y huir como perro con maza, perseguidos por la rechifla general, no volvió la cabeza ni se acercó, preguntando al descuido:—"¿Qué pasa aquí, señores?"

XXVI

LADOS FLACOS

PARA la Comadreja el desenlace de la romería fué delicioso: comenzaron á llover gotas anchas cuando ya se aproximaba la noche, y vino el capitán mercante á ofrecerla el brazo y un paraguas. A la luz de los faroles de la calle, que rielaba en el mojado pavimento, Amparo vió alejarse á la pareja y quedóse poseída de una especie de tristeza interior que rara vez domina á los temperamentos sanguíneos, alegres de suyo. Aquella melancolía atacaba á la Tribuna desde que no alimentaba su viva imaginación con espectáculos políticos y desde que al bullicio de la Unión del Norte sucedió la habitual y uniforme vida obrera de antes, sin asomo de conspiración ni de otros romancescos incidentes. Por distraerse, habló más con Ana de amoríos y menos de política. Ana se prestaba gustosa á semejantes coloquios. Llegó la Tribuna á saber de memoria al capitán de la *Bella Luisa,* sus hábitos, sus viajes, sus caprichos, y el eterno proyecto de matrimonio, diferido siempre por altas razones de conveniencia,

que explicaba Ana con sumo juicio y cordura. Si ella se quisiese casar con algún *artista* de esos ordinarios, un zapatero, verbigracia, cansada estaría de tener marido; pero ¿para qué? para cargarse de familia, para vivir esclava, para sufrir á un hombre sin educación. No en sus días.

—¿Y si te deja plantada Raimundo?—preguntaba Amparo nombrando al galán de su amiga, como lo hacía ésta, por el nombre de pila.

—¡Qué ha de dejar, mujer... qué ha de dejar! ¡Diez años de relaciones! Y luego, aquel señorío de *estar* tanto tiempo con un chico fino, eso no me lo quita nadie.

Amparo protestó: ella no entraba por cosas de ese jaez; quería poder enseñar la cara en cualquier parte; quería, como dijeron los señores de la Unión, moralidad y honradez ante todo.

—¿Si pensarás tú — replicó Ana viperinamente — que el de Sobrado venía á casarse contigo?

—¿El de Sobrado? ¿Y qué tengo yo que ver con el de Sobrado?

—Anduvo tras de ti, y si no estuviese fuera, sabe Dios... No digas, mujer, no digas, que bastantes veces lo encontré yo por los alrededores de la Fábrica.

—Bueno, bueno, ¿y qué? ¿Por qué, un suponer, no se había de casar conmigo? Yo seré de igual madera que otras que pertenecían á mi clase, y ahora... Tú bien conoces á la de Negrero... aquella tan guapa que lleva abrigo de

terciopelo y capota de tul blanco... Pues, hija mía, sardinera del muelle primero, cigarrera después, y luego la vino Dios á ver con ese marido tan rico... ¿Y la de Alvarez? A esa la acuerdan aquí liando puros, y en el día tiene una casa de tres pisos y un buen comercio en la calle de San Efrén... ¿Y la que casó con aquel coronel del regimiento de Zaragoza?... Una chiquilla, que también hacía pitillos... En la actualidad, para más, hay el aquel de que las clases son iguales; ese rey que trajeron dice que da la mano á todo el mundo, y la mujer abrazó en Madrí á una lavandera; y si viene la federal, entonces...

—Sí, sí, véle con eso á doña Dolores, la de Sobrado.

—¡Pues... Jesús, Ave María! ¡No se allegue V., que mancho! Me parece á mí que los de Sobrado no son de allá de la aristocracia, ni del barrio de Arriba. Aún hay quien los vió cargando fardos en el almacén de Freixé, el catalán; que por ahí empezaron, ¡repelo! Hijos del trabajo como tú y como yo.

—Pero, mujer, si ya se sabe que son así; nada y nada, y vanidá que les parte el alma. Como el hijo es de tropa piensan que sólo la Princesa de Asturias sirve para él... Mira tú cómo ahora que las de García pierden el pleito están medio reñidas con ellas... Y eso que la mayor de Sobrado, la Lolita, no quiso apartarse de la amiga y sigue yendo allá...

—Corriente; ellos no nos querrán á los demás, pero los demás bien nos valemos sin

ellos... Para comer yo no les he de pedir, y el hijo, si me quiere decir algo, ha de ser con el cura de la mano, que si no...

Echóse á reir la Comadreja y citó ejemplos dentro de la misma Fábrica: ¿qué les había sucedido á Antonia, á Pepita, á Leocadia? Y eran las que más hablaban y más se la echaban de plancheta. La que se conformaba con los de su clase, aún menos mal; pero la que andaba con señores...

—Esas cosas—añadía la Comadreja—no tienen remedio; nos hacen ver lo negro blanco...

—Si me quisiera perder—exclamó ofendida Amparo—no me faltaría por dónde, como á todas.

—¡Bueno! No cuadró, mujer, que lo demás... También nò te gustarían los que se te pusieron delante, porque hay hombres que se tiraría uno á la bahía por ellos, y otros que ni forrados de onzas... Y á veces los que le chistan á uno no se dan por entendidos... Y al fin y al cabo, hija, ¿qué se gana con vivir mártir? Nadie cree en la dinidá de una pobre.

—¿Y por qué ha de ser así? ¡Esa no es ley de Dios!

—No, pero... ¿qué quieres tú?

Quedábase Amparo pensativa. Cuantas sugestiones de inmoralidad trae consigo la vida fabril, el contacto forzoso de las miserias humanas; cuantas reflexiones de enervante fatalismo dicta el convencimiento de hallarse indefenso ante el mal, de verse empujado por circunstancias invencibles al precipicio, pesaban

entonces sobre la cabeza gallarda de la Tribuna. Acaso, acaso tenía sobrada razón la Comadreja. ¿De qué sirve ser un santo si al fin la gente no lo cree ni lo estima; si por más que uno se empeñe, no saldrá en toda la vida de ganar un jornal miserable; si no le ha de reportar el sacrificio honra ni provecho? ¿Qué han de hacer las pobres, despreciadas de todo el mundo, sin tener quien mire por ellas, más que perderse? ¡Cuántas chicas bonitas, y buenas al principio, había visto ella sucumbir en la batalla, desde que entró en su taller! "Pero... vamos á cuentas—añadía para su sayo la oradora:—diga lo que quiera Ana, ¿no conozco yo muchachas de bien aquí? ¡Está esa Guardiana, que es más pobre que las arañas y más limpia que el sol! Y de fea no tiene nada; es... así... delgadita... Ella se confiesa á menudo... dice que el confesor la aconseja bien...„

Amparo se quedó cada vez más pensativa después de esta observación.

"Yo, confesar, me confesaría... Pero luego... si el cura sabe que me meto en política... ¡Bah! Bien basta en Semana Santa... Tampoco yo, gracias á Dios, no soy ninguna perdida... me parece.„

XXVII

BODAS DE LOS PAJARITOS

Regresó Baltasar de Navarra y las Provincias firmemente resuelto á estrujar la vida, como si fuese un limón, para exprimirle bien el zumo. Habiendo visto de cerca la guerra civil, comprendió que no hacía sino empezar y que prometía ser encarnizada y duradera, á pesar de que la *Gaceta* anunciaba diariamente la dispersión de las últimas partidas y la presentación del postrer cabecilla. Desde luego Baltasar traía un grado más, y ganas de precipitarse en algún abismo cubierto de flores, ya que las balas carlistas se lo toleraban. Vista de lejos, la opinión pública de su ciudad natal le pareció mucho menos temible, y resolvióse á arrostrarla en caso de necesidad, si bien con maña y no provocándola de frente.

Más de una vez, bajo la ligera tienda de campaña ó en algún caserío vascongado, se acordó de la Tribuna y creyó verla con el rojo mantón de Manila ó con el traje blanco y azul de gru-

mete. Las mujeres que encontraba por aquellos países no le distrajeron, porque eran generalmente toscas aldeanas curtidas del sol, y si tropezó con alguna beldad eúskara, ésta, en vez de sonreir al oficial amadeista, le echó mil maldiciones. Además, Baltasar, frío y concentrado, no era de los que toman por asalto un corazón en un par de horas. De suerte que al volver á Marineda, en vez de rondar la Fábrica, como antes, se resolvió, desde el primer día, á acompañar á Amparo cuando la viese salir, y ejecutó la resolución con su serenidad habitual. Mucho le favoreció para estos acompañamientos el cambio de domicilio de la muchacha, que vivía cerca del alto de la cuesta de San Hilario, en una casita que daba á la Olmeda, desde que faltando el señor Rosendo y Chinto, el bajo de la calle de los Castros se hizo muy caro y muy lujoso para dos mujeres solas. Como la Olmeda puede decirse que es un rincón campestre, prestóse al naciente idilio con el género de complacencia que hace de la naturaleza amiga perenne de todos los enamorados, hasta de los menos poéticos y soñadores.

Febrero vió la aurora de aquel amor en un día clásico, el de la Candelaria, en que, según el dicho popular, celebran los pajaritos sus bodas sobre las ramas todavía desnudas de los árboles, para que con la llegada de la primavera coincida la fabricación del nido. Las vísperas de la fiesta eran muy señaladas en la Fábrica: andaban esparcidos por las estanterías, sobre los altares, ocultos en los justillos de las mujeres, mezclados con la hoja, haces de rama de romero, y su perfume tónico y penetrante vencía al del tabaco mojado. En el centro de los haces se hincaban candelicas de blanca cera, y había otras candelas largas y amarillas, compradas por varas y que se cortaban en trozos para hacer cuantas luces se quisiese; siendo el origen de traer estas candelas la creencia de que los niños muertos antes del bautismo y sepultados en las tinieblas del limbo, sólo el día de la Candelaria ven un rayo de claridad,—la de la luz que encienden, pensando en ellos, sus madres.—Al día siguiente, en la iglesia, envueltas en el romero bendito, habían de arder todas las velitas microscópicas.

Ya se comprende que entre las cigarreras marinedinas — cuatro mil mujeres al fin y al cabo—había muchas que querían enviar á sus hijos difuntos aquella caricia de ultratumba, fundir el hielo de la muerte al calor de la pobre candelilla; por otra parte, aun las que no tenían niños vivos ni difuntos, habían comprado romero, gustándolas su olor, y propuestas á llevarlo á la misa de la Candelaria, que al fin, como decía la señora Porcona con tono sentencioso, era "un día de los más grandes, hiiiigas... porque fué cuando la Virgen sintió el primer dolorito, por razón de que un cura que le llamaban Simeón le anunció lo que tenía que pasar Cristo en el mundo„.

La tarde de la Candelaria, Amparo, llevando el romero bendito oculto en el pecho, despedía un aroma balsámico, que pudiera tomarse por

suyo propio; tal era la lozanía y vigor de su organismo, cuya robustez, vencedora en la lucha con el medio ambiente, había crecido en razón directa de los mismos peligros y combates. Si la labor sedentaria, la viciada atmósfera, el alimento frío, pobre y escaso, eran parte á que en la Fábrica hiciesen estragos la anemia y la clorosis, el individuo que lograba triunfar de estas malas condiciones ostentaba doble fuerza y salud. Así le acontecía á la Tribuna.

Como era día festivo, Baltasar no la esperó á la salida de la Fábrica, sino en la Olmeda, á corta distancia de su casita. Había llegado Baltasar al mayor número de pulsaciones que determinaba en él la calentura amorosa. Su pasión, ni tierna, ni delicada, ni comedida, pero imperiosa y dominante, podía definirse gráfica y simbólicamente llamándola apetito de fumador que á toda costa aspira á consumir el más codiciadero cigarro que jamás produjo, no ya la Fábrica de Marineda, sino todas las de la Península. Amparo, con su garganta mórbida gallardamente puesta sobre los redondos hombros, con los tonos de ámbar de su satinada, morena y suave tez, parecíale á Baltasar un puro aromático y exquisito, elaborado con singular esmero, que estaba diciendo: "Fumadme." Era imposible que desechase esta idea al contemplar de cerca el rostro lozano, los brillantes ojos, los mil encantos que acrecentaban el mérito de tan preciosa *regalía*. Y para que la similitud fuese más completa, el olor del cigarro había impregnado toda la ropa de la

Tribuna, y exhalábase de ella un perfume fuerte, poderoso y embriagador, semejante al que se percibe al levantar el papel de seda que cubre á los habanos en el cajón donde se guardan. Cuando por las tardes Baltasar lograba acercarse algún tanto á Amparo é inclinaba la cabeza para hablarla, sentíase envuelto en la penetrante ráfaga que se desprendía de ella, causándole en el paladar la grata titilación del humo de un rico veguero y el delicioso mareo de las primeras chupadas. Eran dos tentaciones que suelen andar separadas y que se habían unido; dos vicios que formaban alianza ofensiva: la mujer y el cigarro íntimamente enlazados y comunicándose encanto y prestigio para trastornar una cabeza masculina.

El día espiraba tranquilamente en aquella alameda, que en hora y estación semejante era casi un desierto. Sentáronse un rato Baltasar y la Tribuna en el parapeto del camino, protegidos por el silencio que reinaba en torno, y animados por la complicidad tácita del ocaso, del paisaje, de la serenidad universal de las cosas, que los sepultaba en profunda languidez, y que relajaba sus fibras infundiéndoles blanda pereza muy semejante á la indiferencia moral. El sol languidecía como ellos; la naturaleza meditaba. Hasta la bahía se hallaba aletargada; un gallardo queche blanco se mantenía inmóvil; dos paquetes de vapor, con la negra y roja chimenea desprovista de su penacho de humo, dormitaban, y solamente un frágil bote, una cascarita de nuez, venía como una saeta

desde la fronteriza playa de San Cosme, impulsado por dos remeros, y el brillo del agua, á cada palada, le formaba movible melena de chispas. Por donde no las alcanzaba el último resplandor solar, las olas estaban verdinegras y sombrías; al Poniente, dorada red de movibles mallas parecía envolverlas.

A medida que avanzaba la sombra, levantábase del mar una brisa fresca, que agitaba por instantes los picos del pañuelo de Amparo y los cabellos rubios de Baltasar, en los cuales se detenían las postreras luces del sol, haciendo de su cabeza una testa de oro. Pronto la abandonaron, sin embargo, y también las montañas del horizonte empezaron á confundirse con el agua, mientras la concha blanca del caserío marinedino se destacaba aún, pero perdiéndose más cada vez, como si al ausentarse la claridad se llevase consigo la piña de edificios y el encendido fulgor de los cristales en las galerías. Marineda, la *Nautilia* de los romanos, se envolvía en una clámide de tinieblas. En breve comenzaron á distinguirse algunas luces que oscilaban sobre la masa obscura de la población, y presto se cubrió toda ella de puntos lucientes como estrellas de oro en un celaje sombrío. La noche, que ya reinaba, era de esas entreclaras y lácteas, pero frías, en que el equinoccio de primavera se anuncia por no sé qué vaga transparencia del cielo y del aire, y en modo alguno por la temperatura, que más bien parece recrudecerse. Baltasar y la muchacha, molestados quizá por el helado ambiente,

se aproximaban el uno al otro, hablando no obstante de cosas de poca substancia.

—No, Bilbao no es más bonito... ni tampoco Santander, digan lo quieran los santanderinos, que son muy patriotas. ¿Sabe V. lo que ha mejorado Marineda? ¿Y lo que está llamada á mejorar todavía? Esto crece á cada paso; vamos á tener barrios nuevos, magníficos, á la americana, ahí donde V. ve aquella lucecita... cabal: todo por ahí, á lo largo del baluarte.

—¿Y Madrí? ¿Es mucho mejor que Marineda? —interrogó Amparo, por decir algo, enrollando un cabo de su pañuelo.

—¡Ah! Madrid, ya ve V.... al fin y al cabo, es la corte... Sólo la calle de Alcalá...

Este apacible diálogo encubría en Baltasar tempestuosos pensamientos; pero como no carecía de penetración y sabía que la muchacha era honrada y orgullosa, y vivía de su trabajo, comprendió que no debía tratarla como á cualquier criatura abyecta, sino empezar mostrándola cierta deferencia y aun respeto, género de adulación á que es más sensible todavía la mujer del pueblo que la dama de alto copete, habituada ya á que todos le manifiesten miramientos y cortesía. Lisonjeó mucho á la Tribuna el ver que se habían con ella lo mismo que con las señoritas, y auguró bien del rendido galán. Mas al caer la noche, Baltasar creyó poder apoderarse á hurto de una mano morena, hoyosa y suave al tacto como la seda. Amparo pegó un respingo.

—Estése V. quieto... Y va de dos veces que se lo digo, caramba.

—¿Por qué me trata V. así?—preguntó con pena fingida Baltasar, que en sus adentros renegaba de la virtud plebeya.—¿Qué mal hay en...?

—¿Por qué?—repitió Amparo con sumo brío. —Porque no me conviene á mí perderme por V. ni por nadie. ¡Sí que es uno tan bobo que no conozca cuando quieren hacer burla de uno! Esas libertades se las toman Vds. con las chicas de la Fábrica, que son tan buenas como cualquiera para conservar la conducta. ¿A que no hace V. esto con la de García, ni con las señoritas de la clase de V.?

—¡Diantre!—pensó Baltasar:—no es boba.

Y al punto, mudando de táctica, habló con gran rapidez, diciendo que estaba enamorado, pero de veras; que para él no había categorías, distinciones ni vallas sociales, encontrándose el amor de por medio; que Amparo valía tanto como la más encopetada señorita, y que el desliz no provenía de falta de respeto, sino de sobra de cariño: todo lo cual esforzó con mil dulces é insinuantes inflexiones de voz. Amparo respondió "cantando„ su credo y sus principios: ella no quería ser como otras chicas conocidas suyas, que por fiarse de un pícaro allí estaban perdidas: ella bien sabía lo que pasaba por el mundo, y cómo los hombres pensaban que las hijas del pueblo las daba Dios para servirles de juguete: lo que es ella, bien se había de librar de eso; bueno que se hablase un rato, en lo cual no hay malicia; pero ciertas libertades, no; ya podía saberlo el que se arrimase á

ella. Baltasar juró y perjuró que su amor era de la más probada y acendrada pureza, y que sólo limpios é hidalgos propósitos cabían en él; y en el calor de la discusión, los dos interlocutores se volvieron á hallar sentados en el parapeto, y la mano antes esquiva se mostró más tratable, consintiendo que la prendiesen dos manos ajenas.

—Hoy se casan los pajaritos—murmuró Baltasar después de un breve instante de silencio.

—Día de la Candelaria... Hoy se casan—repitió ella con turbada voz, sintiendo en la palma de la mano el calor de la diestra de Baltasar, que amorosamente la oprimía. Pero él fué discreto y no quiso abusar de la victoria, por temor de perder las ventajas adquiridas, y también porque empezaba á correr agudo frío en la solitaria alameda, y Amparo se levantó quejéndose del relente y del aire, que cortaba como un cuchillo. Cruzáronse dos protestas de ternura, en voz baja, envueltas en el último apretón de manos, delante de la casa de la pitillera.